

El amanecer
de una naranja roja



El amanecer de una naranja roja

Álvaro Neil Franco Zambrano

UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA Y TECNOLÓGICA DE COLOMBIA
TUNJA
2017

El amanecer de una naranja roja / Franco Zambrano, Álvaro Neil.
Tunja: Editorial UPTC, 2017. 108 p.

ISBN 978-958-660-256-3

1. Poesía

(Dewey 861CO/21).



Primera Edición, 2017

200 ejemplares (impresos)

El amanecer de una naranja roja

ISBN 978-958-660-256-3

Colección Libros Académicos, UPTC

© Álvaro Neil Franco Zambrano, 2017

Carátula:

© Santiago González, 2017

Acrílico sobre madera 25 X 34 cm

Consultando a las piedras y al río

© Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, 2017

Rector, UPTC

Alfonso López Díaz

Comité Editorial

Hugo Alfonso Rojas Sarmiento, Ph.D.

Enrique Vera López, Ph.D.

Patricia Carolina Barreto Bernal, Ph.D.

María Eugenia Morales Puentes, Ph.D.

Liliana Fernández Samacá, Ph.D.

Luz Eliana Márquez, Mg.

Rafael Enrique Buitrago Bonilla, Ph.D.

Olga Yaneth Acuña Rodríguez, Dra.

Yolima Bolívar Suárez, Mg.

Editora en Jefe:

Ruth Nayibe Cárdenas Soler

Coordinadora Editorial:

Andrea María Numpaque Acosta

Corrección de Estilo

Alejandro Casas

Editorial UPTC

Edificio Administrativo – Piso 4

Avenida Central del Norte 39-115

comite.editorial@uptc.edu.co

www.uptc.edu.co

Libro financiado por la Vicerrectoría de Investigación y Extensión de la UPTC. Se permite la reproducción parcial o total, con la autorización expresa de los titulares del derecho de autor. Este libro es registrado en Depósito Legal, según lo establecido en la Ley 44 de 1993, el Decreto 460 de 16 de marzo de 1995, el Decreto 2150 de 1995 y el Decreto 358 de 2000.

Libro académico.

Citación: Franco Zambrano, A. (2017). *El amanecer de una naranja roja*. Tunja: Editorial Uptc.

Índice

Prólogo La estirpe de Gauguin Miyer	
Fernando Pineda.....	7
I. Los amigos.....	13
Bolero para Jorge Eliécer Ordóñez.....	15
Bunde para Donald Freddy Calderón.....	17
Balada para Carlos Fajardo I.....	19
Tango para Julio César Goyes.....	21
Pasodoble para Edgar González.....	23
Guaña para Germán Diego Castro.....	25
Canción napolitana para Pacho Forero.....	27
Balada para Carlos Fajardo II.....	29
II. Cuadros del Caribe.....	31
Porro para Gabriel Ferrer.....	33
Fandango para Luis Miguel Rodríguez.....	35
Paseo para Oscar Ariza.....	37
Terapia mixta para Wilfredo Vega.....	39
Gaita hembra para Luis Miguel Salcedo Castellar.....	41
Montería.....	43
Porro palitiado para Luis Miguel Rodríguez.....	44
Fandango para Luis Gregorio Rodríguez.....	45
Cumbia.....	47
III. Reconocimientos.....	49
Tango a ritmo de bolero para Jairo Aníbal Niño.....	51
Caminando las calles de Bukowski.....	53
Ranchera para Shaira Selena.....	55

Porro para el patio de Raúl Gómez Jattin.....	57
Yo también subí a Los Payos Nairo Quintana.....	59
Caminata lunar para el Rey del Pop.....	61
Copla veleña para Horacio Benavides.....	63
La gambeta del <i>Mané</i> Garrincha.....	64
Libreros.....	66

IV Sangre y clorofila.....	69
Bocachico mono.....	71
Nicuro del Suárez.....	72
Nacimientos.....	73
Esta vida mía.....	75
Despidiendo al pinar.....	77
Calle de la infancia.....	79
Rolling Stones.....	80
Los caminos del tango.....	82
Escribiendo las formas de las nubes.....	85
Invocación para que Anubis no se vaya.....	88
El río de la infancia.....	90

V. La infancia.....	91
Revelación.....	93
El extractor de olores.....	94
Ronda para Neil Alejandro.....	95
Ronda para Dylan Santiago.....	96
Una carta para Dennis Esteban.....	98

VI. Carnaval de la muerte.....	101
Los zapatos de los muertos.....	103
Lo que dirán de mí cuando me muera.....	105
Agonía del agua.....	107

Prólogo

LA ESTIRPE DE GAUGUIN

Por Miyer Fernando Pineda

El río -o la calle- que es la poesía que se escribe hoy en día en Colombia, nos ofrece al menos dos grandes orillas -o aceras-, sobre las que va surcando la trágica historia del país. Por un lado, tenemos la que aún se atreve a ofrecerse como punta de lanza en la creación, luego del agotamiento de una búsqueda vanguardista, cuyo principal propósito es la renovación de una poética audaz, testimonio del toque de la Diosa, y por tanto, punto máximo en el proceso de señalar nuevas obras y caminos; y por el otro, tenemos esa escritura que es más el producto de una reflexión desde la imagen sobre la propia obra, es decir, estilos que han vislumbrado un sendero y lo han profundizado al margen del torrente de escrituras que amalgaman ese aparente desorden producido por el afán de figurar en el campo de la poesía. Las dos líneas son fundamentales al menos por dos razones: la primera, porque han producido obras notables que comienzan a poner en el escenario de la poesía en lengua española, el nombre de este reino tan ávido de reconocimientos; pero tan pobre en sus edificaciones poéticas; y la segunda, porque ha permitido una revitalización de la poesía que se manifiesta en redes, encuentros, concursos, debates, críticas, reseñas, libros, etc.

Sobre estas dos orillas se mueven grupos, revistas, *marketing*, redes de apoyo, críticas sicariales, egoísmos propios de todo campo, parasitismo cultural al margen del rigor y la lectura, y multitud de obras cuyos estilos poéticos son tan valiosos que van quedando depurados como islas en ese transcurrir, y a las que se tendrá que regresar tarde o temprano, para buscar alivio y resguardarse del ruido de la poesía cansada.

En ese vaivén se ubica la poética de Álvaro Neil Franco Zambrano. Sus poemas se resisten a la moda de quebrantar su raíz para arrastrarse a casas falsas; su poesía no es una falsa moneda producto del ingenio maquiavélico de quien se propone destruir para ofrecer audaces espejismos. Sus poemas son evidencia de honestidad y de reposo. Su poética es una rama en la que se posa el ruiseñor para mirar el pasado y rediseñar a través de imágenes silenciosas y festivas, el ruido de lo real. Enseña que en este mundo globalizado desde el plástico y el maltrato, en el que se envenena y se desconoce la importancia del prójimo y se patean los símbolos, la amistad es un hallazgo que funciona como brújula para reencontrar la pulsión que nos anima a vivir.

Álvaro Neil nos recuerda que somos hombres de aldea y que la poesía es una conversación, un diálogo infinito con el silencio en el que los rituales de dioses milenarios nos llegan a través de la mansedumbre de las palabras. El poeta nos reta para regresar a lo esencial; el poeta es quien contempla, quien establece un diálogo interior con los elementos que componen el universo.

El libro comienza con un canto a la amistad, porque el resto es la selva, como dijo don Jorge Guillén. Ya Raúl Gómez

Jattin nos había dicho que los amigos son una legión de ángeles clandestinos, y esto lo ha llevado el poeta como una cicatriz tallada alguna vez por el Maestro Jorge Eliécer Ordóñez, en todos sus discípulos y en toda la gallada, en esas tardes en las que Tunja era una fiesta y nos ofrecía lo mejor de la Literatura Universal. *El amanecer de una naranja roja* nos recuerda la música del mundo, nos dice que no olvidemos la banda sonora que sirve de trasfondo a los pasos que dimos y que deciden los pasos que nos quedan. El libro es una cicatriz para que la nostalgia se detenga un rato a ver cómo perdemos el tiempo jugando a vivir esa vida que no somos, y que ya nos toca asumir porque no hacerlo sería acceder a la estirpe de Gauguin o de Villon. Eso fue *Si mañana despierto*, la discusión sobre la posibilidad de ser los integrantes de la estirpe de Gauguin. En ese entonces no entendíamos el peso que tendría la poesía en nuestras vidas, y que ahora ha resuelto Álvaro Franco en un verso magistral: “el único lugar que le queda al hombre para abrazarse” es “la poesía”. Si se busca la banda sonora de lo que significó la amistad de *Si mañana despierto*, habrá que poner sobre la mesa un ron, un cigarrillo, un abrazo, la nostalgia y este libro que evoca a Gaitán Durán y a quienes pensábamos entonces continuar con su legado.

Sin embargo, el límite de la amistad se bifurca y se vuelve un homenaje a aquellos que se volvieron cicatrices como los amigos; por tanto Jairo Aníbal Niño, su paisano y vecino, o Gómez Jattin y sus manos de astromelias, o Nairo Quintana, ese poeta que cabalga el mundo en su caballito de viento, o Michael Jackson caminando en la luna, o Garrincha que trazó con sus jugadas la rotación de la tierra, o los librereros que resguardan la memoria invernal de los hombres, se vuelven pretextos del abrazo que es la poesía.

Al final, la tierra pródiga de sus poemas regresa a su lecho a ver las piedras en el río, y esos peces luminosos que hechizan los anzuelos cotidianos en inquilinatos y calles olvidadas —gracias a Dios— por el ruido aplastante del progreso y esa civilización que considera lo humano como una asepsia en la que no cabe el verso que se fuma el instante. La poesía contamina y contagia lo humano; es un virus que si te llega a tocar te contamina, y entonces la realidad ganará verdes que combatirán lo gris que es ahora el mundo.

Eso pasa con los poemas del libro *El amanecer de una naranja roja*; el oxímoron nos regresa a lo esencial, propone el Ser como un tango en la memoria del olvido, y desde allí se traza una poética que testimonia el surgimiento del poema. Versos que son revelaciones, oraciones y lamentos; imágenes que se vuelven el testimonio del hechizo que ejerce el pensamiento al socavar el tiempo y enfocar nuestra infancia, y desde esa orilla, advertir el río profundo que nos sigue; esto es descrito en el poema *Revelación*:

Todo río corre profundo
tras del niño
que alguna vez
brilló en sus aguas

La infancia es nuestro reino; el poema lo sabe y detiene la rotación de la tierra para auscultar los recuerdos; allí los perros, los gusanos, los gatos, la piedra que tranca la puerta, la naturaleza en toda su violenta manifestación a pesar de lo humano, el río que no deja de señalar nuestro reflejo y que nos dice que el poeta jamás dejará de ser un niño.

El poema para Jairo Aníbal Niño, su vecino de cuadra, con quien Álvaro Franco soñó animales hechos con la sombra de las piedras que se alimentaban con la tristeza de las ruedas del tren y ese afán de vuelo abismal que dormía en el corazón de las guayabas, preludia la sinfonía de sangre verde que son los hijos. Y esto es conmovedor. En algún poema, el expatriado Roberto Bolaño le pide a sus libros que protejan a su hijo. Y entonces uno se imagina a esos guardianes incólumes recorriendo en la noche la respiración de los habitantes de la casa, trazando los sueños de los niños y susurrando en el aire la oración que cura el hambre y enruta los pasos. Así termina *El amanecer de una naranja roja*, ganchos al hígado para recordarnos que estamos vivos, poemas que son cicatrices, lecciones que deja la quijotada de descifrar el mundo en un verso, porque quizás después de todo, la poesía no sea más que un leve conjuro para la orfandad.

Duitama, 11 de septiembre de 2017

EL AMANECER DE UNA NARANJA ROJA

La lluvia de mi infancia continúa cayendo

Lêdo Ivo

Por la ventana de la noche

larga como el recuerdo

asoma la mirada

busca un bosque, un río

aguas tranquilas donde se mece

el viento de la infancia

Hernando Guerra



I

Los amigos



Bolero para Jorge Eliécer Ordóñez

*Nadie como tú para quererme tanto,
por eso te llamo, llorando mi pena.*

José Barros

Me llaman *El Aguacatal*, un río que siempre nace en mis palabras, y muere en la piel de las muchachas que amaron mis orillas; un correr que al paso de los chiminangos, se fue de bruces entre el olor del pan de bono; unas piedras de codorniz movidas por el ritmo del bolero antillano; en mis pregones nunca falta una luna escurriendo maracas y tambores, un chontaduro sacudiendo la luz de mi sonrisa, un innumerable grano de azúcar, refinando los sueños de mi valle; soy también un hilo llevado por las nubes hasta el cielo esquinero, donde se extravió mi voz de niño; un padrino

bendecido por la espuma y las macetas de los ahijados; un *Pico e Loro* donde se habla la lengua de las barcas que arrullan El Pacífico; un Terrón Colorado llovizado de amigos que saben del verano que imagina mis glándulas, un Terrón Colorado que no olvida el camino entonado por las mariamulatas; una luz de neón donde escribe su historia mi ciudad florecida de goles.

Bunde para Donald Freddy Calderón

*Nacer, vivir, morir
amando el Magdalena.*
Nicanor Velásquez

Donald Freddy
cuando era un hueso de fósil
perdido en el desierto de mi sed
me diste de beber
los cerros de tu aldea
cuando colgué los pasos
porque mis zapatos
se habían quedado sin destino
fuiste la piedra que atisbó
las nubes de mis sueños
cuando era una palabra desterrada
por orden de mis venas
me arropaste en tus libros

cuando los comejenes
carcomieron mis codos
me prestaste la veta de madera
donde pasan la noche
los fantasmas de Eugenio Montejó
cuando los espantapájaros
ahuyentaron el tiempo del maíz
desgranamos la palabra que soñó
los hombres de Painima

Balada para Carlos Fajardo I

*Me gusta el sol, Alicia y las palomas,
el buen cigarro y la guitarra española.*

Facundo Cabral

Esta es la casa blanca del amor, donde las hormigas conducen a una ciudad despertada por el mugido de mercurio que los amantes escarban en la hierba; aquí Carlitos Fajardo se abre el pecho para que escuchemos esas baladas donde seguimos esperando una boca que jamás llegó; aquí Carlitos se nos sienta en las piernas como si fuéramos la silla vacía de van Gogh; aquí Carlitos rasga su guitarra hasta reventarnos el resto de víscera que nos quedó por corazón; aquí Carlitos unta de baba las palabras para que no nos deje el cuaderno que viene silbando colores por el ferrocarril; aquí Carlitos alumbra

con Gauloises las calles que Cortázar arrendaba en París; construye puentes de Cohiba para que los tigres de Cabrera sigan desgarrando su luz en el malecón de La Habana; despide las volutas de olvido donde arañan la vida las criaturas de Onetti; la casa de Carlitos no tiene jardín; tiene un bosque, donde la caperuza de sus días, le prepara silencios para que el poeta se dedique a soñar.

Tango para Julio César Goyes

Vieja calle de mi barrio donde he dado el primer paso.

Francisco Gorrindo

Si mañana despierto, con el pucho de vida que me queda, preparo un camino de maizena para que vuelva la madrugada en que Julio Goyes nos presentó la tortuga de Aquiles Nazoa; si mañana despierto que sea bombardeado por esas nubes verdes donde el Guáitara mira pasar la historia de sus árboles; si mañana despierto que sea de una piedrita, de esas que saben de destinos y escurren sus días de ventana en el corazón roto donde asoma la luz de los amigos; si mañana despierto -amado Dylan Thomas- que sea cortado por la leche que hierve entre la savia, perdido en un pañuelo donde le digo adiós a la gallada, soñando en la

madera manchada de cerveza que supuran los
codos de Teillier.

Pasodoble para Edgar González

*Manizales rumorosa,
bajo tu cielo de rosa
canta el viento su alegría.*

Guillermo González

A este barranco
dominado por el olor de la guayaba
llega el recuerdo de un ron vivo de palabras
que festejan la eternidad de la arena
De pasodobles compartidos
en calles donde las nubes se besan con la
tierra
De *morenas rumberas y rubias arrechas*
que conquistan la mirada del viajero
en las verdes alturas de Chipre
De un nevado
que surge como el último sueño

para entrar en los días
De un cerro donde la ciudad gira
sus instantes milenarios de guadua
su aroma pintadito
que le calienta el alma
De muslos alumbrados
por la nostalgia de unos caminos
abiertos por arrieros
De un cielo bendecido
por el vuelo de un cóndor
y la libertad trasnochadora de los luceros
Ay, Manizales del alma

Guaneña para Germán Diego Castro

¡Guay que sí, guay que no!

La Guaneña me engañó.

Nicanor Díaz

Neftalí Benavides

Germán Diego, el que se trepaba en la punta del poema a libarse la luna de Li Po, y se bajaba en los amigos a encender con naranjas, esos cuartos de Kafka que abrían sus ventanas a un muro donde los huesos de Vallejo se arrunchaban en los de Guayasamín; Germán Diego, memoria de unos bares donde dábamos vueltas por París, y salíamos hablando en alemán de ese descalabro de piernas por el que Vincent van Gogh dejaba en empeño su autorretrato con girasoles incendiados, y Agustín Lara sacaba al fiado su rostro de luna hecho pedazos por la

soledad; Germán Diego, memoria de unas calles donde mis palabras aprendieron a andar, donde la cerveza se nos subía hasta Luvina y dábamos gritos de Munch para platicar con los zopilotes que traían noticias de Comala; Germán Diego y su querido tamal del Pacandé, para curarse de los amores calcinados en las cuerdas trasnochadas de los serenateros.

Canción napolitana para Pacho Forero

*Hermosa Nápoles de cielo ardiente,
contigo sueña mi amor ferviente.*

*Ven a cantarme la melodía
Santa Lucía, Santa Lucía.*

Teodoro Cottrau

Los silencios de Pachito Forero
son una cara oculta
donde crecen sonrisas de bambú
sus olvidos un pueblo de nenúfares
que desanda la piel de los recuerdos
entre mi estruendo y su sordina
el pescador de tempestades
que los crepúsculos llamaban William Turner
entre mi largo aliento y su traje de haikú
un sendero de náufragos

que sobrevive con burbujas
la luna de Santa Lucía

Balada para Carlos Fajardo II

*Pero tú siempre acuérdate
de lo que un día yo escribí
pensando en ti, pensando en ti,
como ahora pienso...*

José Agustín Goytisolo

¿Por qué será que a los poetas siempre se nos marchan las casas? Esas casas blancas pegadas a nuestro rostro con saliva y palabras, ¿por qué nos vamos quedando sin quien nos pinte la fachada con canciones antiguas que no pasan de moda? Sin cajas de fósforos ni baldosines que resistan la creciente de nuestros abrazos, los altares de humo con que le rendimos homenaje a la diosa de los amores idos: ya ni siquiera soy una pared -nostalgias de Leo Dan que no me dejan-

apenas un muro al que le hace falta la voz de una guitarra española, que se me colgaba como una buganvilla, hasta convertirse en la única sombra que paseaba sus fiestas de guayacán, sus rumbas de chiminango, por estas piedras vagabundas de río que siguen corriendo hacia la infancia. Piedras que a pesar de su constante demolición poética, se siguen amontonando para cultivar amistades y versos. Cantos rodados cuyo destino es navegar por esas heridas de sol que nacen en una ventana del 57 y se ocultan en el silencio de unos pasos que le preguntan a los árboles: ¿Cuándo regresan con el patio las hormigas que un día nos compartieron el amor?

II

Cuadros del Caribe



Porro para Gabriel Ferrer

*Mi porro me sabe a todo
lo bueno de mi región.*

Pablo Flórez

Gabriel
hermano en las gallinas
luminoso en el barro
que arrastra las aguas del Sinú
valle donde el porro brama
su noche prendida de leyendas
ojeras de cebú
desplegando la sombra
del sombrero vueltaio
samaritano en el totumo
donde me bebí
con todos mis rostros
los limones de Eugenio Montale

compañero en el deshoje del tabaco
que adivinaba los caminos
de Fernando Pessoa
poeta Gabriel
hay que graduar hay que graduar
sobre todo en ese cielo de arena
donde no para de llover
nuestra mortalidad

Fandango para Luis Miguel Rodríguez

Un 26 de marzo de sol reflejándose en la piel de los nísperos que perfuman el alma del Sinú, nació alto como su tierra y escondido entre la candela, donde los bailadores de fandango guardan sus mayores secretos, el poeta Luis Miguel Rodríguez. Desde ese día, las aguas de nuestros ríos se han estado encontrando en el único lugar que le queda al hombre para abrazarse: la poesía. Es así como nuestros corazones de guijarro han sido espinados por la fosforescencia de las palabras que nadan en la hondura de Angbala, donde hemos sido devorados por esas rosas de brisa llamadas atarrayas. En las orillas de nuestros versos también hemos cultivado el presentimiento de otras orillas, donde los zamuros y las garzas se disputan la mañana, donde la tierra es un

mordisco hundido en el olor del zapote, y los planchoneros ese otro lado que se debate en la canícula, para que el espíritu de las aguas continúe cruzando la estela de los días.

Paseo para Oscar Ariza

*Este paseo es de Leandro Díaz
pero parece de Emilianito
tiene los versos muy chiquiticos
y bajiticos de melodía.*

Leandro Díaz

Oscar Ariza
nos trajo en una espina
las voces del desierto
en una hamaca
los caminos soñados por las manos
para tejer el canto de los pájaros
en una palmera
la luna que enciende con polleras
el alma de los músicos
en una iguana
la orilla donde la prehistoria

vigila sus murmullos de piedra
en una espuela
la palabra que sana
el fondo de las múcuras

Terapia mixta para Wilfredo Vega

*Soy
lo gris contra lo gris. Mi vida
depende de copiar incansablemente
el color de la arena.*

José Watanabe

¿Cómo compartir Wilfredo Esteban, *El Lenguado* de José Watanabe, sin la espina de hambre que le extinguió las trenzas a Vallejo?
¿Acompañándolo con el balcón carcomido de trópico que relata el orégano?
¿Con la espuma cantora de los caracoles que abandonan el mundo sin salir de su casa?
¿Con la angustia de los camarones que se rompen las manos en la soledad de las islas?
¿Con la sangre perseguida de las habichuelas

que taconeán su bravura en la madera de los
ataúdes?

¿Con la piel despellejada de los tomatitos que
revientan su vida en un rasgueo de guitarra?

¿Con el llanto de leche interpretado por las
cebollas para engañar el hambre de los niños?

¿Con el fuego de las pepas de mango que
como peces prehistóricos iluminan con sus
ojos de mosca las ausencias del patio?

¿Con la palabra encadenada que los tambores
derraman en la cadera abierta de las frutas?

¿Con el traje azuloso de púas con que el pez
globo representa la muerte?

En todo caso Wilfredo Esteban, ¿Cómo
compartir *El Lenguado* de José Watanabe, sin la
tinta turbia con que los calamares escriben la
luz de los abismos?

Gaita hembra para Luis Miguel Salcedo Castellar

*También cantaba el Juan Polo, al amanecer el día.
Y aunque me miraba solo, con eso me entretenía.*

Andrés Landero

Los huesos se me vuelven espuma
cuando tu gaita siembra
con arcoíris mi cintura
y tus manos sobrevuelan
mis Montes de María
Ah, Luis Salcedo
tu voz es una ciénaga
que susurra manglares
en mi ombligo
Tu voz
enjambre de abejas africanas
que tejen mi rosa de los vientos
mientras mi aire siga siendo

la candela que despiden tus ojos
jamás se apagará
este canto de pava congona
donde trenzamos
nuestro pasado de cardón

Montería

Montería enceguecida
por la luz de los mangos
floreceda en dos mitades de sandía
por el río Sinú
inundada de patios
por el canto de los gallos de mar
Orilla de goleros perseguidos
por el brillo dorado del fandango

Montería

ronda de hojas caña flecha
tejidas por el sol
garza que perdura
en el vuelo de un verso
mugido que fertiliza el mundo
con el sabor de un porro

Montería

abarca reventada de amigos
que no olvidan los caminos del ron

Porro palitiado para Luis Miguel Rodríguez

¿Qué le estará pasando al viejo Migue, que a su
atarraya ya no arriban las orillas del verso?

¿Adónde migraron las garzas que levantaban
en su vuelo los cielos del fandango?

¿Qué fue de la sonrisa que tejía con hilachas de
mango las brisas del chinchorro?

¿Cuándo volveremos a cruzar en planchón el
sabor a mujer que tiembla en los zapotes?

¿Cómo navegar otra vez en ese mar cantado
por gallos de pelea?

¿Cuándo volverán sus pinceles a tener las
agallas de inventar barracudas?

Fandango para Luis Gregorio Rodríguez

Tú que me hablas
desde la orilla izquierda
donde bordan los sueños
las garzas del Sinú
Que conviertes
a los peces en páginas
para que las aguas
tranquilas de tu río
sigan pasando por mi alma
y eres la candela que anima
la conversación entre amigos
la brisa a la que me abrazo
para guardar en mi memoria
tu sangre de trombón
Dime cuándo volvemos
a encontrarnos en la palabra

que se eterniza cruzando
las estrellas silenciosas del agua

Cumbia

Esta música
nace en una boca de sandía
partida de deseo
Si algo la contiene
es la brisa
que danza en sus cabellos
las iguanas que toman el sol
en una orilla de sus muslos
Esta música
noche embriagada
por las estrellas
hirvientes de sus ojos
Mangos asomando
por la rama inesperada
del sueño
Abanico de candela
donde las caderas
levantan el día

III

Reconocimientos



Tango a ritmo de bolero para Jairo Aníbal Niño

In Memoriam

*Y si me ofrecieran
riquezas y gloria
renunciando a ti.
Sin vacilaciones,
yo respondería.
Prefiero la muerte
a la gloria inútil
de vivir sin ti.*

Carlos Gómez Barrera

Cuando conocí a Jairo Aníbal Niño, su indumentaria de nube con forma de gaviota, me hizo pensar en las botellas donde los marineros conservan los amores de espuma que dejan en los puertos: Jairo Aníbal, un boga que cantaba los viajes del bijao en un barquito

de papel; un aviador que alimentaba con lunas de guayaba la imaginación de los jiraballos que crecen en las orillas del Monquirá; un maestro de Ciencias Naturales a quien le aprendí que los guarasapos son serenateros borrachos de pantano, intérpretes del rostro manchado del amor; un asaltante de azahares al que nunca se le marchitó el corazón; un camionero que almorzaba con las palabras arrojadas por los poetas a los desfiladeros; amigo incondicional de los taxistas que descubrieron el tango en los barrios de Homero; donde quiera que esté lo imagino en un cajón de bocadillo, atravesando la memoria de las sardinas que le enseñaron el brillo de las aguas cuando era un niño.

Caminando las calles de Bukowski

Un poema es una ciudad
si su vuelo es iluminado
por el agua de las cloacas
por la barba donde los indigentes
amarran el hambre y la basura
por las serenatas de piedra
que los locos
le regalan a las ventanas
por los postes fundidos de soledad
que los perros
le disputan a los borrachos
por la piel que los amantes
cuelgan de las terrazas
como banderas de una carnicería
Un poema es una ciudad
si su rostro con aretes de luna

abre las piernas a los cuchillos
que florecen en el arrabal

Ranchera para Shaira Selena

*Las piedras jamás, paloma
¿Qué van a saber de amores?
Cucurrucucú, cucurrucucú
Cucurrucucú, cucurrucucú
Cucurrucucú, paloma, ya no le llores.*
Tomás Méndez

Shaira Selena
voz alta como las palomas
sincera como el rumor del río Suárez
apasionada como las cigarras
abrigada como los sarapes
firme como el gusano
que nada en el mezcal
conmovedora como un caballito de mar
luminosa como las naranjas
tranquila como los galapos

enamorada como los magueyes
transparente como los cristales de sábila
traviesa como el ají chivato
inocente como las muñecas de trapo

Porro para el patio de Raúl Gómez Jattin

*Yo no soy de un pueblo,
yo soy de un patio.*

Héctor Rojas Herazo

En el patio de tu casa
la única luz que permanece
es un rayo donde oreo mis palabras
donde un planchón crecido de goleros
avanza hacia el olvido:
El río ya no es el caracol
que subía hasta tu cuarto
a contarte la revelación de sus piedras
La mata de plátano tampoco se despidе
del algodonal que tus abarcas
sembraron en el cielo
Una generación de vidrios rotos
brinda por la soledad que deshace

las hilachas de tu corazón amarillo
La sombra de tu gallo de oro
canta baños de tierra
para que en tu alma reseca
vuelvan a crecer astromelias

Yo también subí a Los Payos Nairo Quintana

Que te llenas el corazón de pájaros
para trepar hasta las lágrimas
y calientas los sueños
con una flor morada y amarilla
donde cabalgan las manos de tus padres
Tú que enamoras montañas
con la danza de tus pedales
y abrazas con tu paso
los muñecos de nieve
y le sonríes al sol rojo
que juega con los árboles
que nunca has dejado atrás
la corona de frailejones
con que adoras
las nubes que atraviesan
el cielo de los páramos
que siempre llevas contigo

los jardines colgantes
y una virgen morena
donde brilla la gloria
de los escarabajos

Caminata lunar para el Rey del Pop

*Mamá, ellos son de la loma,
mamá, ellos cantan en el llano.*

Miguel Matamoros

Ha muerto Michael Jackson, no en la hacienda imaginaria de *Neverland*. Nadie se muere en la imaginación. Ha muerto en esta calle olvidada por sus piedras, alejada de sus pasos; en este viento que coquetea entre los árboles y anuncia el regreso de una cometa enredada en la infancia; en estos baldosines estrenados por la casa para practicar su danza de *Harley* enlunada; en estas chicharras antediluvianas que lo despiden con un aguacero de hojas secas; en esta luminosidad que desde el principio hizo su vida en los cayenos; en estos guayabos donde su espíritu se

padre de eternidad; en este reguero de pájaros
llevados por su voz hasta el sitio donde nacen y
se hacen los cantantes.

Copla veleña para Horacio Benavides

Palabra nacida
en los abismos del silencio
delgada como un ave del trópico
piedra donde suenan fantasmas
que aguaitan los caminos
abiertos por las mulas
voces que tejen en la sombra
los dichos de la vida
cañada donde los indios
beben en sueños
los gestos de sus antepasados
palabra
bajando recuerdos de los cerros
en la boca serena de los muertos

La gambeta del Mané Garrincha

Con la pierna derecha
viajando en las nubes de la gloria
y la izquierda repartida
entre el corazón de la gente
la gambeta de Garrincha
sortea la ilusión que se asoma
en la sonrisa desdentada de los charcos
baja hasta los cabarés
donde la voz de Elza Soares
protege los malandros
gira en Pan de Azúcar y en El Corcovado
se extiende en la bahía de Guanabara
y en la arena infinita
que inspira el oleaje
de las muchachas
que corren en los recuerdos
de los torcedores

Madura estrellas
en las conversaciones de cachaza
que le dejaron los amigos

Libreros

Para Álvaro Castillo Granada

Sin libreros no existirían
los cuartitos azules
Ni las dedicatorias
escritas para otro
con el nombre de uno
Ni las citas con un amor
que de antemano
sabíamos para otro
Ni los olores a baúl
donde duerme
el espíritu del vino
Ni la memoria
que con los años
hizo llegar el universo
a las callecitas de Borges
Ni las butacas
que nos muestran

las transformaciones del cielo
Tampoco las palabras
que nos esperan
con una taza de café
mientras cae la lluvia horizontal
que nos resucita los huesos

IV

Sangre
y clorofila



Bocachico mono

Brilla todavía
en la sonrisa de mi padre
el paso del bocachico mono
el que no sabe a barro
y canta con sus labios pequeños
la soledad de los pantanos
Su palabra resbalosa
desgajada del fondo de los plátanos
inunda la mesa de la casa
con el lomo marrón del Magdalena
Cómo suda mi padre
mientras atraviesa
con sus brazos marchitos
la corriente espinosa de historias
que lo mantienen vivo
Cómo toca madera y reparte coletazos
para espantar la carne azul
donde empieza el olvido

Nicuro del Suárez

Para Carlos Julián Pinzón Ariza,
pescador de nicuros

Tus bigotes enredados
en las piedras del fuego
testimonian
la belleza de un monstruo
saltando en la memoria
del hombre primitivo
tu idioma de burbujas
fecundado de luna
canta la dicha de la espuma
en el silencio azul de tu lomo
los pescadores sacan
a danzar las estrellas

Nacimientos

Vengo de un pie
 marcado por los mandarinos
de unas piedras de río que conocen
 la profundidad de mi infancia
 Con la buena noticia
 de un cielo de guayaba
 madurado por el vuelo de las mirlas reales
 Me correspondieron por vecinas
unas chicharras que anuncian el fin del mundo
 desde cuando mis antepasados
 desenterraban los silencios
 donde se pudrieron sus ojos
 Mi patria es un bijao
 que envuelve despedidas
 en los caminos de las nubes
Mi noche es una calle con palmeras
 por donde se aleja
 la mujer de un bolero
 Mis días

un tinto tostado de palabras
que calientan el paso de mis muertos
Vengo
de unos cuartos de inquilinato
donde alumbré mi vida
con las velas de Kavafis
y los cigarrillos de Fernando Pessoa
Vengo de un canto colorado
donde amanecen
las ceibas de mi sangre
de unas manos huesudas y amarillas
que amasaban el sabor de la luz
de unos tíos
que me arrancaron la leche de los dientes
con las puñaladas de una bailarina de tango
Vengo de borracheras interminables
que me dejaron la soledad de unos abrazos
Vengo de unos enemigos
que junto con *El buey*
de Eugenio Montejo
me enseñaron a leer poesía

Esta vida mía

Esta vida mía va
enredada en el humo de las locomotoras
trayendo caminos de polvo
que comparten su olvido con los árboles
Árboles germinando itinerarios de mostaza
en los fantasmas que pasan como pájaros
que han extraviado su destino

Esta vida mía va
como una nube rezagada
tras los días azules
que pintaban de alegría las casas
donde sigo buscando
el rostro de mi infancia

Esta vida mía va
escribiendo su historia de espuma
en los huecos de las piedras
donde las golondrinas llegan
mecidas por la brisa
Esta vida mía va herida de muerte

por la canción de las cigarras
acompañada por voces de boleristas
que me ayudan a tararear mi soledad

Esta vida mía va
quedándose en el silencio
de una botella despedida por el amanecer
abrazada a la ausencia
de los postes de luz

Esta vida mía
sigue esperando
en los retratos de mis antepasados
el tren blanco de los comejenes

Despidiendo al pinar

En un pinar de Honduras vigorizó el aliento.

Porfirio Barba Jacob

Con el derribe de los pinos
se llevaron el cielo
donde los pájaros guardaban
los sueños de la infancia
la sombra donde mi padre
calmaba la sed de los recuerdos
la escritura encarnada
donde el amor nunca murió
el concierto de cigarras
despidiendo la tarde
la cintura del cosmos
girando relámpagos de sol
en la soledad
que acompaña mis brazos
la brisa vestida de atarraya
lloviznando la paz de los nicuros

el mar de siete colores
que vivía en las hamacas
y en cuyo oleaje
trepábamos hasta el infinito
el silencio
que me enseñó a escuchar
la voz de los abuelos
que nunca conocí

Calle de la infancia

Qué lindos eran los nombres de las calles de mi infancia.

Manuel Bandeira

Calle de Los Clavellinos
alumbrada por tangos
que el olvido se sabe de memoria
por los buenos deseos de vecinos
que vigilan sus pasos
desde otros lados del mundo
Calle cuya ración de luna
le correspondió en cráteres y piedras
que nos enderezaron las rodillas
Calle cuya sombra nace
en las manos de los muertos
que sembraron su destino de boga

Rolling Stones

*Con las piedras arrojadas
contra mí
he construido los muros
de mi casa.*

Anise Koltz

¿Qué parte de la casa son las piedras que sostienen las puertas?, ¿El aire que no deja caer el andamio de las conversaciones?, ¿El instante en que la puerta sueña con volverse ventana?, ¿Polvo que se apea de los caminos para sumarse a nuestro polvo?, ¿Lomo azul acariciado por los niños, para apaciguar el agujero que devora los días?, ¿Memoria extrañada por los caballos que se fueron a viajar en la sábila? ¿Lunas del otro lado a las que los perros no dejan de batirle la cola?, ¿Celacantos danzando un traje de luces que sale bien con el silencio?, ¿Sueños redondos soñando eternamente en los linderos donde

vive la muerte? ¡Con todo lo que son y nunca aparecen en las fotografías!

Los caminos del tango

*Después ... ¿qué importa el después?
Toda mi vida es el ayer
que me detiene en el pasado.*

Homero Expósito

Para mi tío Luis Humberto Forero Pineda

Un hombre cuyos pies eran dos caballitos de mar, abrió en mi vida los caminos del tango. De barba roja poblada por hormigas arrieras y sombrero negro, para burlar el sol de la violencia. Sus grafonolas trajeron de Caracas el ladrillo que sigue sosteniendo la historia de mi cuadra. Ladrillo habitado por enredaderas que parieron gusanos perejiles que me curaron de los nervios, cabros que lanzaban sus pelos a mi rostro quebrado por montañas. Ladrillo sentado

que prefería la cárcel al cementerio, porque de la primera algún día se sale; en cambio los trenes del segundo, trazan rutas de humo que no tienen regreso. Ladrillo donde se acostaba a dormir el sol de los venados, envuelto en una trenza que trajo este dolor hermoso con que nombramos a los días.

Ladrillo que en la voz de Jaime subía hasta la luna, y repartía recuerdos en las luces que todavía iluminan los fantasmas del ferrocarril. Yo he viajado sin descanso, sin destino, por esas luces donde mis abuelos se dieron el beso del adiós. He perseguido con desespero de falena y de *Malena*, la memoria de la vieja cantando tangos mientras lavaba la ropa, como despidiendo una alondra que ya no soportaba en sus manos, el farol que José Salvador se llevó para la vereda de enfrente, la Navidad y el Año Nuevo que sus palabras de bohemio sembraron en mi alma de niño, el amor por las muñecas de loza que le partieron la ilusión a su corazón bordado con flores de naranjo.

Ladrillo rojo con el que Luis Humberto me calentó el corazón en mis cuartos azules de La Candelaria. Cuartos alumbrados por las

luciérnagas de Silva, con ventanas donde llegaban los amigos, y la algarabía de los muslos de Kathy guardaba la esperanza de salir adelante, y las goteras de vino se nos metían hasta la humedad de los huesos. Cuartos azules que aún resuenan en mis pasos gastados de tanto girar alrededor de nada.

Escribiendo las formas de las nubes

Para Leonardo Franco, mi hermano

Empecé a escribir cuando dejaron de salir los cangrejos rojos que atenazaron de luz los días de mi infancia. Días en que las calles arrastraban como cometas prehistóricas los rostros de abandono con que Kalimán y el pequeño Solín anunciaban su última lectura en una cuentería. Con mis palabras he querido recuperar el agua de los pozos que me bautizaron el miedo (“Pozo Ahogado” y “Pozo Diablo”), y la frescura de las muchachas que me descubrieron la memoria profunda de las piedras.

Escribo porque las palabras me dieron el barrio que no tuve. Escribo para que regresen los

caminos de la bicicleta donde conocí la fuga de los árboles y los mensajes del viento. Escribo para no olvidar una guayabera que me enseñó a escuchar el olor a tristeza que vive en los boleros.

Porque lo que creo que soy, se quedará en el canto de un gallo de pelea, en un jardín donde las mejores flores siguen siendo las manos de mi madre, en la mandarina arrayana con que mi padre iluminaba los viajes de la casa hacia las sombras de la noche, prendido a una canasta de durazno que recoja el puente de tierra amarilla y hojas secas que las hormigas guardaban en la luna, en un patio donde los fantasmas de mis perros me laman los fracasos y los clavellinos florezcan las historias que me contaron los abuelos.

Escribo porque me quedé sin amigos, a mi corazón no volvió la guitarra de Carlos, tampoco esas baladas que me acompañaban en las madrugadas por calles solitarias y extrañas, porque cerraron los bares donde las coperas, el tango y Germán Diego, alumbraban la media luz de mis recuerdos, porque Jorge Eliécer

me dejó una herida que se hará ceniza en el río profundo de los inmortales, porque las piedras de Julio César no volvieron a visitar mi ventana que da a todas partes menos a mi vida, para que no se vaya de las caracolas de Esteban, el mar de arena donde aprendieron a volar nuestros versos, porque entregaría lo que queda de mí porque el abrazo de nube de Juan Felipe volviera a pasar por mis venas; y he soñado con alcanzar el antepasado silencio de bambú que danza en la poesía de Horacio.

Escribo porque el río de Jattin se me murió en los brazos, y la única familia que me queda es la mesa sola de Eugenio Montejo, y en cada durmiente abandonado de ferrocarril, me estrello con la luciérnaga que crepita en el cielo de vino de Teillier, porque todavía me duelen las mariposas que se extinguieron con la pierna izquierda de José Paulo Paes, y no he salido de la cuadra donde Bandeira canta los pregones que amasaban la vida del Brasil, porque no tengo más remedio que encender mi soledad en la *Tabaquería* de Pessoa, mientras me pongo la lluvia de Vallejo para salir a preguntar: ¿qué ha sido de mis huesos?

Invocación para que Anubis no se vaya

El perro es una prolongación vital de la familia.

Luis Tejada

Dios mío, no dejes
que Anubis se vaya
porque quién me enseñará
a presentir los misterios del monte
a revolcarme en el polvo
que hoy son mis abuelos
qué será de mis manos
sin su llanura suave
donde repaso
mi espíritu de niño
quién rasguñará las nubes
para que se quede en la casa
el color del verano
y dónde voy a conseguir

sus ojos tiernos
que me compartieron
el agua de los ríos
y qué le digo a Dylan
qué le respondo a Neil
cómo mirar a Esteban
cuando nadie persiga
las flores de mi patio

El río de la infancia

Habiendo crecido con el rumor de un río, era imposible no hablar de este ser maravilloso que corrió una eternidad junto a mi corazón de niño, río en el que sin saberlo escribí con ramas mis primeros poemas. Aguas donde sigo refrescando los mejores momentos de mi vida, aguas que trajeron un remolino de amigos donde giran mis días. Río donde se secaron las lavanderas que le confesaban desdichas a las piedras, río que se nos metía en la casa y se quedaba a dormir en mis sueños de pescador acompañado por la soledad de la luna. Caracol de silencio donde conservo las voces de mi patio. Río de guijarros que me dieron un rostro que un día se confundirá con la espuma.

V

La infancia



Revelación

Todo río corre profundo
tras del niño
que alguna vez
brilló en sus aguas

El extractor de olores

El extractor de olores es un sifón que se cansó de las aguas sucias de la casa, y trepó por las paredes de la cocina, para chuparle el alma a las comidas. Dicen que cuando una olla a presión explota, no es solo debido a su concentración, sino también a su cambio de vegetariano a carnívoro, y que queda tan bien: ¡Qué ahora hace parte de las estrellas!

Ronda para Neil Alejandro

Sonrisa de delfín
que riega mi patio
de gallos y cayenas
espíritu de viento
que se me encarama en la nuca
para compartir con las nubes
el aroma de los eucaliptos
Neil Alejandro
caballo de palo
donde amanecen las llanuras
traídas por los pájaros

Ronda para Dylan Santiago

Llegaste en una hoja
que incendió con leche
las palabras crecientes
en los huesos del bosque
convocaste fantasmas habitados
por las soledades de un whisky
multiplicaste el brillo de los peces
que saltan la alegría del barro
Llegaste envuelto
en un valle de bruma
donde el mararay alimenta
los murmullos del agua
manchado por las sombras de un caballo
blanco
que recorre los rostros de las nubes
el mar de colores
donde vuelan las manos de Wang-Fo

Llegaste
en el florecimiento de los calabazos
en el rumor de las estrellas
embarazadas de pantano
derribado por un cielo
que cobija con cáscaras de naranja
el olor a rayuela de los zapatos rotos

Una carta para Dennis Esteban

Cuando termine de escribirte esta carta (si todavía lo consigo: es del conocimiento público que las cartas para niños -en lo posible- deben ser infinitas), seré yo mismo quien te la entregue, para cumplirme como cartero, ya que desde siempre es uno de los oficios que más he querido dibujar en el viento; de momento el único inconveniente es que no tengo bicicleta, y la bicicleta es a la carta lo que el horno es al pan; teniendo en cuenta que por estos días se avecina el regreso al colegio, me dispongo ahora a prepararte la lonchera que te reservé como regalo para la Navidad: ¡Es una linda golosa caracoll, marca los barcos de La Habana, en ella encontrarás junto con las correspondientes instrucciones: un océano con tiburones, piratas, pulpos, tempestades y palmeras, un

sol veraniego y una que otra gaviota. También añadido a lo anterior un racimo de bananos y unos cuantos cartoncitos de leche; como de mi puño y letra no salen más que garrapatas y pulgas, te recomiendo que les hagas un campo en el rincón más oculto de la concha de nácar, sin ir a maltratar al caracol, pues no debemos incurrir en los mismos errores del Arca de Noé. No siendo más el motivo de la presente, parto a encontrar en este mismo instante, uno de aquellos viejos de parrilla y corneta con pera de goma, que en otro tiempo fueron los carteros del pueblo.

VI

Carnaval
de la muerte



Los zapatos de los muertos

¿Qué se hace con la ropa de los muertos?

¿Se llena de aserrín para espantar

el hambre de los pájaros?

Francisco Hernández

¿Por qué a los muertos
no los entierran con zapatos?
Si los zapatos son las macetas
donde florecen los caminos
Navíos de Caronte
donde rescatamos los guijarros
que preservan nuestros rostros de niño
Navíos de Caronte
en cuyas suelas
empieza a echar raíz
el cielo azul de las rayuelas
Guayos colgados

del hilo de una *Araña Negra*
que envenenó de aire
la caída eterna de una hoja seca
Zapatones muertos de risa
donde *El Nene Cepeda*
se midió los colores
del Carnaval de Barranquilla
Zapatos viejos
que se llevaron a Luis Carlos López
por un callejón enrojecido de luciérnagas
que resucitan los difuntos
¿Por qué a los muertos
no los entierran con zapatos?
Si los zapatos son las peceras
donde los pies bailan la vida

Lo que dirán de mí cuando me muera

*Cada uno está solo sobre el corazón de la tierra
traspasado por un rayo de sol:
y enseguida anochece.*
Salvatore Quasimodo

*Era bueno
me robó algunos libros
y ni siquiera tuvo
la delicadeza de leerlos
Que Dios lo guarde
en una hoja de bijao
donde jamás se pudra
su espíritu de niño
Versificador diligente
pero lo perdieron
las putas de Bukowski
Que Dios lo tenga*

-si es que puede tenerlo-
en las manos de los niños
que imaginan castillos de arena
Arrastraba en espuma de cerveza
la vida de sus versos
Que Dios lo tenga en la gloria
donde la inmortalidad se alcanza
mirando la flor de un clavellino
¡Muy buena gente!
Pero sus palabras tenían sobrepeso
Brillen para él los murmullos
con que los ahogados
sobreviven el alma de los ríos
Brillen para él las hojas secas
que mecen
los gritos azules de los parques
Dios lo proteja
con el agua bendita de los charcos

Agonía del agua

Este río
memoria de agua negra
anclada en el olvido
resequedad del alma
corriendo en la ignorancia
ni espuma ni nube
acariciando mi rostro de guijarro
solo montañas de basura
que no creen en nada
una brisa de muerte
varada en las alas de un golero
hojas secas
quebrándose de sed
en los ojos pacientes del ganado
árboles ahorcándose
con las bolsas de plástico
nada de rama
escribiendo en la arena
los días de la infancia

solo un río de gente
comiendo entre las moscas
ningún Moisés
que haga brotar el agua
del vientre de la piedra